

expuso la doble misión de que él se creía encargado, asegurando que el gobierno daría por una parte la aplicación mas vasta á las ideas de libertad al desarrollar los principios contenidos en la constitución, y por otra parte combatiría toda tentativa de los partidos que se hallaban fuera de la constitución, sin que les valiera cubrirse con la capa hipócrita de la religión ni del terror revolucionario. Con frecuencia tomó también la palabra en asuntos que no correspondían á su ministerio, y entonces manifestó á veces opiniones que estaban en desacuerdo con las del ministro respectivo. A mediados de abril dió una embestida atrevida al ministro de Hacienda, Nigra, cuyo puesto deseaba ocupar. Calificó de humillación para todo el gabinete que Nigra hiciera defender sus proposiciones por un comisario. Cavour pidió que este abuso cesase y para el caso contrario presentó su dimisión. Los demás ministros se pusieron de parte de Nigra; pero éste presentó su dimisión, que le fué aceptada, y Cavour fué nombrado en su lugar el 19 de abril de 1851.

En su nuevo puesto le consolidaron principalmente los triunfos parlamentarios que alcanzó. Además de obtener un empréstito de 75 millones que colocó en Inglaterra, tuvieron gran importancia los tratados de comercio que hizo con Francia, Bélgica é Inglaterra, cuyo carácter mas saliente fué la notable rebaja del arancel, por lo cual combatieron estos tratados enérgicamente los muchos proteccionistas de la cámara. Cavour no rehuyó el combate sobre principios, se declaró francamente libre-cambista y manifestó con gran sagacidad que el proteccionismo se hallaba en el mismo terreno que el socialismo, y que los que querían que el gobierno interviniera en la producción y en la distribución de los capitales por medio de aranceles proteccionistas, no podían tampoco excusar que el Estado interviniera en el arreglo de los jornales y en la organización del trabajo. Además de estas consideraciones económicas, presentó también á la cámara los motivos políticos importantes que le habían guiado al hacer los tratados, y si bien él en caso de un ataque contaba ante todo con la opinión unánime del pueblo y con un rey de gran corazón y perito en la guerra, que sostenía la bandera tricolor, no podía tampoco perderse de vista la posibilidad de grandes complicaciones europeas que indicaban ya la división en dos grandes campos, el oriental y el occidental. En momentos de choque entre los dos campos no podía hallarse el Piamonte reñido ni con Francia ni con Inglaterra, ni verse reducido á tener que contar contra un ataque francés con las bayonetas del otro lado del Tesino, ni obligado á aliarse con un pueblo con el cual estuviera en guerra económica.

Estas consideraciones prudentes no podían gustar á aquellos cuyos intereses económicos peligraban con las medidas adoptadas. Mas graves amenazaban ser las concesiones que algunos meses despues del golpe de Estado exigió Napoleón en materia de legislación sobre la prensa. Rechazar sus exigencias hubiera sido en alto grado imprudente, pues que no había medio de defender en buena ley los ataques apasionados que los periódicos liberales piamonteses dirigían contra el presidente; y si el gobierno piamontés hubiese negado á Napoleón la protección que le pedía, la simpatía y benevolencia de Napoleón por la causa italiana habrían recibido naturalmente un golpe muy funesto. Además de esto los gobiernos reaccionarios de Viena y de Berlín importunaban al rey Víctor Manuel para que cambiara todo su sistema político y despidiera á su ministerio, y finalmente la derecha parlamentaria creyó también conveniente dar un ataque decisivo contra la libertad de la prensa. En esta situación, hallándose el ministerio entre dos fuegos, necesitó mucha habilidad para hacer justicia á las exigencias urgentes de

Napoleón y no permitir el triunfo de la reacción. En esta situación difícil, Cavour, sin entenderse con sus colegas previamente, entró en negociaciones con Rattazzi, jefe del centro izquierdo, que le prometió su constante apoyo siempre que rompiera completamente con la derecha. Cavour aceptó y aprovechó la ocasión que se le ofreció en el debate sobre la ley de imprenta que propuso Deforesta, ministro de Justicia, para rechazar definitivamente las exigencias de Menabrea, que iban mucho mas lejos. Esto dió lugar al divorcio de Cavour de la derecha y á su alianza con el centro izquierdo en 7 de febrero de 1852. Azeglio se conformó y de los demás ministros solo Deforesta presentó su dimisión, si bien todos quedaron sorprendidos con este nuevo giro tan inesperado como poco apetecido.

No obstante, la ruptura con el ministerio no se dejó esperar. Como consecuencia natural de su política, Cavour favoreció y consiguió pocas semanas despues la elección de Rattazzi para la vice-presidencia de la cámara, y cuando á principios de mayo murió el presidente Pinelli, fué elegido en su lugar el mismo Rattazzi. Con esto no se conformó Azeglio y presentó su dimisión. El rey procuró conciliar á los contrarios, y no consiguiéndolo, se decidió á favor de Azeglio y le encargó la formación de un nuevo ministerio sin Cavour ni su amigo Farini.

Azeglio cumplió el encargo con el deseo de que solo fuese un ministerio de transición, ya porque su salud personal le hacia desear el reposo, ya por el presentimiento de su corta duración. Cavour por su parte, muy ofendido por el giro que había tomado el asunto, consideró la nueva situación insostenible, pero por lo pronto se ausentó del país y se dirigió á París y á Londres con una misión diplomática insignificante. Aunque ocultó en público su disgusto, dió á conocer en la intimidad que no volvería á admitir ninguna cartera con Azeglio. El nuevo ministerio había presentado con el asentimiento del rey una ley sobre el matrimonio civil que había sido aprobada por la segunda cámara; pero al poco tiempo Pio IX suscitó escrúpulos en la conciencia del rey, que era buen católico, con una carta autógrafa, de suerte que Víctor Manuel declaró súbitamente que jamás sancionaría una ley que causara disgusto al Papa. Entonces presentó Azeglio decididamente su dimisión, diciendo á sus colegas: «Para todos nosotros sonará la última hora, pero jamás debe sonar para ninguno la hora de la deshonra.» El rey aceptó su dimisión y vaciló algunos días entre Cavour y Balbo. Cavour no quiso renunciar al matrimonio civil, que no estaba todavía aprobado por el senado; y Balbo no pudo reunir un ministerio; de manera que al fin el gobierno quedó confiado á Cavour, el cual tuvo formado el nuevo gabinete el 4 de noviembre de 1852. Este ministerio es conocido en la historia con el sobrenombre de Grande, que con mas razón corresponde á su jefe, por los grandes sucesos que ocurrieron en los siete años siguientes.

Cavour había llevado de París y Londres la seguridad de que los hombres de Estado de ambos partidos políticos ingleses, y también Napoleón, estaban muy bien dispuestos á favor de Italia y en particular tenían mucha confianza en él personalmente. A los tres meses ó poco mas, los gobiernos de Francia é Inglaterra tuvieron ocasión de confirmar sus disposiciones favorables con hechos. En 6 de febrero de 1853 una multitud de adeptos de Mazzini intentó una sublevación armada en Milán, la cual fué sofocada sin dificultad por el gobernador militar Strassoldo. El gobierno piamontés nada tenía que ver con esta necia empresa, como por lo demás era evidente atendida su enemistad con Mazzini, ni tampoco habían tenido que ver con semejante empresa los lombardos refugiados en el Piamonte; mas á pesar de esto, el

gobierno austriaco no se contentó con castigar con rigor extraordinario á los culpables, sino que además por un decreto completamente arbitrario confiscó los bienes de noventa y ocho personas que habían emigrado de Lombardía, unas con permiso del gobierno imperial y otras huyendo y que vivían naturalizadas en el Piamonte. Cavour, cumpliendo con su deber, salió á la defensa de los súbditos piamonteses y protestó en términos muy dignos en Viena contra aquella arbitrariedad, siendo apoyada la protesta por Francia é Inglaterra. No obteniendo satisfacción del gobierno austriaco, Cavour retiró de Viena al embajador piamontés y el representante austriaco en Turín se retiró igualmente.

Por segunda vez se hizo la ruptura diplomática entre los dos gobiernos, solo que esta vez el Piamonte tenía la seguridad de que Francia é Inglaterra le apoyarían.

En el propio país ganó el ministerio Cavour cada vez mas fuerza. Su actividad legislativa fué asombrosa; el comercio prosperó de una manera sorprendente sobre todo con la conclusión de la red de ferro-carriles, gracias á los esfuerzos del ministro Paleocapa. Al inaugurarse la importante línea de Turín á Génova en el mes de diciembre de 1853, atravesaban el país en total 420 kilómetros de ferro-carril, de los cuales habían sido construidos 400 desde el año 1848. Se habían abierto túneles importantes al través de los Apeninos, que sirvieron de aprendizaje si se quiere para hacer la magnífica obra del paso del monte Cenis, que el Piamonte emprendió en unión con Francia en 1857; pero en cambio fracasó el proyecto de un ferro-carril por los Alpes para poner en comunicacion la Alemania con la Italia, á pesar de estar apoyado por Cavour.

El estado de la hacienda era poco satisfactorio; las guerras desgraciadas de 1848 y 1849 habían costado al país mas de doscientos veinticinco millones, y á pesar de haberse decretado muchos aumentos de impuestos en los años sucesivos, no llegó á cubrirse el déficit en los presupuestos. Verdad es que desde 1850, en cuyo año los gastos eran casi dobles de los ingresos, ciento sesenta y ocho millones contra ochenta y seis, disminuyeron los descubiertos; pero en 1854 el déficit fué todavía de veinticuatro millones, y si en 1855 no ascendió mas que á nueve millones, esta mejora fué obtenida principalmente forzando los impuestos y solo en una parte muy pequeña con el aumento de la prosperidad. El comercio tomó un desarrollo muy satisfactorio, pues la importación se aumentó en gran manera despues de los tratados comerciales. Desde 1850 á 1852 la importación subió desde diez y ocho á noventa y tres millones, y si bien daba que pensar que la exportación no se aumentaba en la misma proporción, se podía atribuir este atraso á desastres extraordinarios. Precisamente en aquellos años, en Francia como en Italia, enfermedades de la vid y los gusanos de seda perjudicaron mucho la producción del vino y de la seda, que eran para el Piamonte los artículos mas importantes de exportación. El daño que recibió de estas desgracias la prosperidad del país fué también un peligro político para el ministerio, cuyos adversarios procuraron explotar el descontento muy extendido contra Cavour y sus colegas de la manera mas indigna. Cuando el alto precio del trigo aumentó extraordinariamente la miseria de las clases pobres, sobre todo en el otoño de 1853, ocurrieron en Turín desórdenes que se dirigían personalmente contra Cavour, cuyos enemigos extendieron la calumnia de que él se había asegurado una especie de monopolio para sus molinos de Collegno. Los periódicos de la izquierda en particular le calificaron de explotador del hambre del país, á lo cual contestó haciendo rebajar por un decreto del rey los derechos sobre los cereales extranjeros, y despues de

la reunión de las cámaras, en enero de 1854, consiguió la supresión completa de estos derechos.

No había ya intrigas capaces de menguar la creciente popularidad de este hombre de Estado. Su actitud firme contra el Austria causó la admiración hasta de aquellas personas que pertenecían á la extrema derecha y á la extrema izquierda, y hombres importantes se separaron de los extremos para engrosar los grupos en los cuales se apoyaba Cavour. El centro izquierdo le estaba enteramente adicto desde que Rattazzi fué llamado en octubre de 1853 á encargarse de la cartera de Justicia, que cambió en 1855 por la del Interior; y en las elecciones de diciembre de 1854 obtuvieron una notable mayoría los partidos mas ó menos ministeriales.

El rey también se había acostumbrado á su presidente del ministerio, que al principio no le había sido nada grato; no obstante, quedaba un terreno en el cual le molestaban las reformas de Cavour, y el ministro de consiguiente no entraba en él sino con gran reserva, á pesar de las excitaciones perseverantes y enérgicas de la izquierda. Este terreno era el de la legislación eclesiástica. La ley sobre el matrimonio civil, que había originado la dimisión de Azeglio, quedó eliminada entonces, habiendo sido rechazada por el senado en diciembre de 1852 por un solo voto de mayoría. Por lo pronto lo admitió así la izquierda; pero por otro lado exigió como indispensable la reducción de los establecimientos monásticos, que amenazaban ser un cáncer para aquel pequeño país. Cavour atendió al deseo de la izquierda, y una ley que fué discutida en febrero de 1855 quitó á las órdenes religiosas que no se dedicaban ni á la enseñanza ni á la predicación ni al cuidado de los enfermos, el derecho de poseer bienes inmuebles. En virtud de esta ley fueron vendidos los bienes de estas órdenes, y con el producto de la venta se fundó una caja cuyos intereses debían servir para mejorar las asignaciones de los curas párrocos. El rey había dado su aprobación con gran repugnancia; y cuando á principios de 1855 la muerte arrebató en seis semanas á su madre, á su esposa y á su hermano el duque de Génova, consideró estas desgracias de familia casi como un castigo de Dios. Los obispos piamonteses aprovecharon con gran habilidad esta disposición de ánimo del rey, que había comunicado al obispo de Casale sus sentimientos mas íntimos, y se ofrecieron en 24 de abril de 1855 á entregar á la caja eclesiástica el millon aproximadamente que debían redituár los bienes vendidos á condición de que se retirase la ley relativa á las órdenes religiosas. Hubo un momento en que faltó poco para que con este motivo dimitiera Cavour, pero por fin venció en el rey el cálculo político al escrúpulo religioso, quizás por efecto de una carta conmovedora en la cual Azeglio le conjuró á no destruir en un día la obra de todo su reinado. El rey no aceptó el ofrecimiento de los obispos y sancionó la ley en 29 de mayo de 1855, no sin decir en el consejo de ministros: «Preferiría marcharme á América antes de ocuparme otra vez en semejante asunto (1).»

La retirada de Cavour habría sido doblemente funesta en aquel momento, porque acababa de dar un paso importante en la política extranjera, cuyo resultado no hubiera podido ser fructífero en manos de ningún otro hombre de Estado. En 10 de enero de 1855 el Piamonte por su alianza con Inglaterra y Francia, tomó parte en la guerra de Crimea, propósito que Cavour había alimentado ya meses antes, teniendo al rey enteramente de su lado en este plan; pero no así sus colegas del ministerio, pues ni Rattazzi, ni el ministro de la Guerra Lamarmora, ni Dabormida, el ministro de Ne-

(1) Massari, tomo II, *Conte di Cavour*, pág. 124. Persano: *Raccolta di lettere di Massimo d'Azeglio*, Turin, 1878.

gocios extranjeros, aprobaron aquella política, á pesar de que Cavour adujo en su defensa el peligro para Italia de que la Rusia se hiciera dueño de Constantinopla y apoderara del Mediterráneo, sin que todas las demás potencias marítimas juntas pudieran despues resistir á sus 70 millones de súbditos. De todos modos el Piamonte podia presentarse por lo pronto como tercera potencia en el Mediterráneo, cuyo puesto correspondia en opinion de Cavour á la Italia. Este peligro de la supremacía de la Rusia podia considerarse desvanecido desde el momento en que Francia é Inglaterra apoyaban con sus fuerzas á la Turquía, y por otra parte era contrario á la tradicion de la política piamontesa el luchar por la integridad del imperio turco. Pero en cambio, Cavour tenia á su favor la esperanza de indemnizar al Austria, con anexiones en el bajo Danubio, por la cesion de la Lombardía á Italia. En el concepto de muchos patriotas fué por lo mismo perjudicial que el Austria se acercara mucho á las dos potencias occidentales, las cuales debian apreciar mucho mas el auxilio del poderoso imperio austriaco que el del pequeño Piamonte, y hasta los gobiernos mismos de Francia é Inglaterra no mostraron gran afición á los planes de alianza de Cavour, porque temian enajenarse la buena voluntad del Austria. Al entrar en este plan tuvo el gobierno inglés por objeto principal disminuir la preponderancia de las fuerzas francesas sobre las inglesas en Crimea, y con este deseo habria preferido tomar el ejército piamontés á sueldo ó por lo menos tenerle á título de ejército auxiliar inglés, pagando al gobierno piamontés los correspondientes subsidios; pero Cavour rechazó semejantes tratos, porque lo que á él importaba era que el Piamonte, tanto en los campos de batalla como despues en las negociaciones de paz, se mostrara como potencia independiente. Para Napoleon el interés principal de la entrada del Piamonte en la guerra estaba en que así impedia un levantamiento de Italia, contra el cual habia garantido en 11 de diciembre al Austria en términos muy precisos la posesion de la Lombardía. Con la entrada del Piamonte en la guerra veía Napoleon á dos contrarios irreconciliables unidos al mismo carro, lo cual les impedia atacarse mutuamente. Verdad es que por lo pronto quedaba colocado el Piamonte como la parte mas débil en segundo término, y Mazzini dijo enfáticamente que el único país sobre el cual la Italia fundaba algunas esperanzas, habia abdicado perfecta é irrevocablemente. En efecto, el gobierno piamontés ya no podia exigir por su alianza condiciones en que el Austria hubiera podido ver una ofensa; no podia obtener ni la intercesion de Francia é Inglaterra á favor de la anulacion del secuestro de los bienes de los refugiados lombardos, ni la promesa de que la situacion de Italia seria discutida al hacerse la paz. Todo lo mas que podia obtener seria, segun algunas expresiones confidenciales del embajador francés, que probablemente despues de la guerra podrian cederse al Piamonte los ducados. Dabormida al ver rechazadas en Paris las modestas pretensiones del Piamonte no quiso hacerse responsable de la alianza, y el dia que debia ser firmada presentó su dimision; pero Cavour se consoló con la esperanza de que la bola, una vez puesta en movimiento, rodaria mas de lo que por entonces se preveía y de que al hacerse la paz siempre seria mas ventajoso para el Piamonte ocupar un puesto en el congreso que estar esperando á la puerta. Con esta idea encargóse del ministerio de Negocios extranjeros y firmó el convenio, por el cual el rey se obligaba á enviar 15,000 hombres á Crimea. Para cubrir los gastos se haría, segun el tratado, un empréstito de un millon de libras esterlinas al tres por ciento en Inglaterra, garantido por el gobierno inglés, que se encargaba tambien del transporte de las tropas. Además, Francia é Inglaterra ga-

rantizarian la integridad del territorio piamontés durante la guerra.

La noticia de este suceso causó una impresion extraordinaria. El conde de Usedom, que á la sazón se hallaba en Inglaterra, dijo que era un pistoletazo que casi rozaba las orejas del Austria, y el rey Fernando de Nápoles exclamó disgustado: «Esta vez sí que nos ha cogido ese noble conde del Piamonte.» Carlos Poerio, el noble presidiario político, sintió aligerarse sus cadenas cuando recibió tan buena noticia, y no fué menos grande la alegría de los refugiados lombardos, que habian encargado al conde Oldofredi antes de ser firmado el convenio que conjurara á Cavour á que lo hiciera sin pararse en la cuestion del secuestro de sus bienes.

En las cámaras piamontesas hubo que vencer todavía una oposicion violenta, sobre todo de la extrema izquierda, cuyo orador era Brofferio. Este trató la alianza de traicion hecha á la causa italiana y dijo que el Piamonte hubiera debido aliarse mas bien con la Rusia. Fácil fué á Cavour defender su política, y aunque no podia divulgar todo lo que pensaba y esperaba, indicó con bastante claridad las esperanzas políticas que fundaba en el convenio. Así en la votacion del 10 de febrero tuvo en la segunda cámara una mayoría de 101 votos contra 60, y en la votacion del senado el 3 de marzo una mayoría de 63 votos contra 27. Azeglio fué uno de los que mas eficazmente apoyaron la política de Cavour, y el único que se abstuvo de votar fué Menabrea. Pocos fueron á la verdad los que aprobaron el convenio con entusiasmo, y la mayoría lo aprobó mas bien por un sentimiento de deber que por conviccion. Cavour mismo no se disimuló la gravedad de este paso y confesó que con él habia tomado sobre sí una responsabilidad terrible; pero exclamó: «Mi conciencia dice que he cumplido un deber sagrado (1).»

El curso de la guerra y las negociaciones para la paz no correspondieron del todo á las esperanzas de Cavour, que habia escrito á Lamármora: «Llevais en vuestras mochilas el destino del país.» Los piamonteses pelearon con valor en los campos de batalla, soportaron todas las fatigas de la campaña con tenacidad y se mostraron en un todo bien disciplinados, instruidos y á la altura de todas las exigencias militares; pero no tuvieron la suerte de alcanzar laureles delante de Sebastopol, teniendo que contentarse con los méritos adquiridos en las demás pruebas. Algunas veces se desesperó Cavour lamentando la lastimosa inactividad del ejército piamontés, y se sentia dispuesto, segun decia, á dar su cartera á todos los diablos. La participacion de los piamonteses en la batalla del Chernaya volvió á tranquilizarle, y se consoló tambien al saber que sus tropas no habian cooperado casi en nada al último asalto contra Sebastopol. Sus esperanzas de que la guerra adquiriria una extension imprevista, quedaron completamente aniquiladas, porque ni las dos potencias occidentales proclamaron el principio de las nacionalidades ni quisieron insurreccionar la Caucasia, ni la Polonia, ni la Hungría, ni de consiguiente tampoco la Italia; de suerte que tambien se destruyó la esperanza de Víctor Manuel, el cual escribió en el mes de julio de 1855 á Lamármora que los piamonteses pelearian en 1856 allí donde habian combatido antes, es decir, en la Lombardía. Para mayor desesperacion fué al fin la misma Austria la que medió para hacer la paz y de consiguiente ocupó en el congreso un puesto importante, desde el cual no dejó al Piamonte ocasion de hacer valer sus pretensiones. Las relaciones del gobierno piamontés con las potencias occidentales eran excelentes y habian ganado todavía mas calor con el viaje que el rey, acompañado de Cavour y Azeglio, habia hecho, venciendo su repugnancia, en

(1) Chiala: *Cavour*, tomo II, págs. 102, 309 y 316.

noviembre de 1855 á Paris y Lóndres, donde se habia celebrado mucho, con la exageracion inevitable, el valor de la alianza piamontesa. Napoleon dió las gracias á Víctor Manuel por haberse excedido en sus resoluciones de lo que habia permitido la reducida extension de su reino, y en conversaciones confidenciales suscitó la cuestion de lo que podia hacerse en favor de Italia. Nada se decidió por entonces, pero el emperador recibió muy favorablemente las ideas de dar al Austria en cambio de la Lombardía los Principados danubianos y de separar la Romagna de los Estados de la Iglesia. Sobre estos proyectos pidió una memoria confidencial, la cual envió Cavour en 21 de enero de 1856 á Walewski, recomendando en ella que se exigiese del Austria la anulacion del secuestro de confiscacion de bienes á los lombardos emigrados, y el cumplimiento de sus obligaciones para con el Piamonte, suavizando su rigor férreo en Italia. Tambien se pedia al gobierno francés que obligara al de Nápoles á cambiar su sistema de gobierno, que escandalizaba á la Europa civilizada; que entregase la Romagna, despues de haberla evacuado las tropas austriacas, al gran duque de Toscana ó al duque de Módena, con cuyos territorios se podria indemnizar al Piamonte por los sacrificios hechos; y cuando menos librar á la Romagna del gobierno papal, limitando su dependencia de la Santa Sede á un tributo, y en el peor caso encargar de su gobierno á un archiduque austriaco. Esta memoria fué recibida por el emperador tambien con gran benevolencia, de suerte que Cavour se sintió algo mas tranquilizado al ver que las negociaciones de paz tomaban forma práctica y que quedaba asegurada la reunion del congreso. Al principio no tenia intencion de figurar en él como plenipotenciario de su soberano y habia designado para este cargo á Azeglio, que lo habia aceptado, pero que retiró furioso su aceptacion al saber que el Piamonte no disfrutaria iguales derechos que las demás potencias interesadas y que solo se le admitiria en los debates relativos á su propio asunto. Cavour no sintió menos disgusto que Azeglio por esta limitacion de la influencia del Piamonte; pero conservaba todavía alguna esperanza de hacer modificar esta condicion; y en efecto, pocos días despues de su llegada á Paris obtuvo de Napoleon la completa seguridad de que el Piamonte, y él como su representante, serian admitidos en todas las sesiones con el mismo derecho que las demás potencias. Así se hizo; pero á pesar de esto observó Cavour en todas las discusiones la mayor reserva, por prudencia y buen tacto, y procuró influir mas bien fuera de las sesiones. Con el emperador estaba en relaciones muy activas, por supuesto bajo el mayor secreto, sirviendo de mediador por encargo del mismo emperador su médico de cámara, el doctor Conneau. El representante de Inglaterra y ministro de Negocios extranjeros, lord Clarendon, trató con mucha franqueza y confianza á Cavour, el cual tuvo tambien gran cuidado de no herir la susceptibilidad de los plenipotenciarios rusos, con los cuales estuvo muy pronto en las mejores relaciones. Hasta supo halagar á los prusianos: Manteuffel, tan reservado, le manifestó intenciones amistosas (1), y su colega Hatzfeldt habló con mucha amabilidad con Cavour de la identidad de la situacion de ambos países y de las quejas á que el Austria daba lugar.

Por favorables que fuesen los auspicios generales, Cavour no podia abrigar grandes esperanzas de obtener ventajas para el Piamonte, porque el plan de cambiar la Romagna por otra cosa fracasó contra el deseo de la emperatriz de so-

(1) Rothan, en su obra: *La Prusse et son Roi pendant la guerre de Crimée*, Paris, 1888, pág. 74, confirma que Manteuffel, despues del congreso, habló de Cavour con gran admiracion.

licitar del Papa que apadrinara al príncipe imperial, que habia nacido el 16 de marzo. Fuera del proyecto, no tomado muy en serio, de poner en el trono de Grecia á un príncipe italiano, solo quedó en los debates del congreso, como único punto que podia dar lugar directamente á un beneficio para el Piamonte, el arreglo de la cuestion de los principados del Danubio; porque si resultaba posible conseguir la union de Moldavia y Valaquia bajo el cetro de un príncipe europeo, podia ponerse en este trono al duque de Parma y agregarse este ducado al Piamonte. Por esto apoyó Cavour la union de los Principados, lo mismo que los gobiernos de Francia y Rusia; pero en vista de la enérgica resistencia del Austria y de la Turquía, tuvo el congreso que dejar por lo



El general Lamármora (según fotografía)

pronto esta cuestion sin resolver, y Cavour regresó á Turin sin haber ganado para el Piamonte ni siquiera un pequeño ducado.

La Francia y la Inglaterra, protectoras del Piamonte, solo pudieron facilitar á Cavour una satisfaccion moral, decidiendo en su conferencia preparatoria de la sesion del congreso del 8 de abril, que se daría ocasion á Cavour para presentar queja ante toda la Europa contra el dominio del Austria como potencia extranjera en Italia y contra el mal gobierno de los demás Estados de la península. No era muy fácil realizar este propósito, porque el congreso nada tenia que ver con la cuestion italiana; pero en una conferencia que tuvieron Clarendon, Walewski y Cavour con el emperador en 19 de marzo, se adoptó la idea, ya anteriormente indicada, de hablar de la evacuacion de la Grecia por las tropas de Francia é Inglaterra y de llevar la discusion seguidamente á la ocupacion por tropas austriacas y francesas de diferentes territorios italianos, lo que daría lugar á condenar el pésimo gobierno de otros Estados italianos, especialmente el de Nápoles. Walewski inició el asunto en la sesion del 8 de abril, siguiéndole en el uso de la palabra Clarendon, que se expresó con mucho calor, manifestando el deseo de acabar con